

EL EROTISMO COMO EXPRESION DE LA CONCIENCIA

Ruth Aguilar Padilla

La actividad sexual se inscribe, pues, en el horizonte amplio de la vida y de la muerte, del tiempo, del porvenir y de la eternidad.

MICHEL FOUCAULT

El erotismo es una noción que evoca las connotaciones de lo placentero, sensual y sexual —no necesariamente en ese orden—, permaneciendo en los linderos de lo prohibido. Quizá uno de los aspectos más reveladores no sea su significado ni los sentidos descalificatorios en que se le ubica, sino las posibilidades que contiene para analizar a la humanidad.

Con ese espíritu, considero que surge el trabajo de Georges Bataille *Las lágrimas de Eros* (2002), exquisito ensayo que borda en torno a un aspecto que nos es muy caro en occidente: la reconstrucción histórica del erotismo, así como las vertientes que ese tema posee. Quizá lo más agradable del planteamiento es la imbricación que Bataille realiza entre

el placer, la religiosidad, la muerte, el arte y la risa. No puede soslayarse la influencia filosófica en su formación que le permite conjugar —hermosamente— a Nietzsche con Freud y a, su gran maestro, Hegel. De esa formación tan rica se crea una reflexión que no puede menos que calificarse como la ilustración utilizada: artística.

Partiendo del título del texto —a mí me sonó en principio contradictorio— es posible vislumbrar una diada básica compuesta por *erotismo* y *sacrificio*. Explicar esta conexión es uno de los objetos del planteamiento de Bataille, ya que da sentido a las relaciones establecidas por nosotros —en tanto hombres— entre la dimensión elevada de la espiritualidad que designamos como religión y el

sacrificio, de una parte; en tanto, de otra, la expresión máxima del erotismo a la que denominamos éxtasis. Esa búsqueda de placer —tan humana, demasiado humana— sacraliza nuestros actos a través de la violencia, lo que da lugar, en el ámbito erótico, al sadismo. Ese logro —establece Bataille— es resultado de un proceso que nace con la humanidad misma, obligando a volverse hacia la dimensión arqueológica para rastrear las raíces mediante el sentido otorgado a aquello que nos confiere la calidad de humanos.

Considero que la belleza de estas ideas reside en la preocupación central de Bataille —compartida con otros pensadores del siglo xx como el propio Foucault— acerca del desplazamiento de la razón al momento de considerar la constitución de la conciencia desde el erotismo.

Intentaré mostrar brevemente —vaya como una invitación a la lectura— la forma como Bataille —apoyado en Hegel, Nietzsche y Freud— despliega su análisis sobre el erotismo como una estética que otorga el sentido de humanidad al género humano.

Retomando la visión histórico-dialéctica de la filosofía hegeliana, Bataille se compromete en la tarea de reconstruir la conformación del erotismo en el tiempo. Por lo que

enuncia la tesis básica de Hegel acerca de que el punto de partida para humanizar a la especie fue el trabajo. En la medida que los hombres actúan sobre la naturaleza para obtener beneficios van transformándose a sí mismos, van construyendo, simultáneamente, su conciencia. Sólo que nuestro autor localiza un aspecto no señalado antes: el juego. Siguiendo el modelo de análisis dialéctico hegeliano, Bataille explica que el trabajo deviene juego que se transforma, a su vez, en trabajo. De esa forma es como surge la conciencia que distingue a lo humano de lo animal. Además por el propio proceso se da lugar a la contradicción entre trabajo y juego.

En esa posición dialéctica de los contrarios es donde se configura la dimensión estética, que es la que permite consolidar el proceso de conformación de la conciencia de los hombres.

El proceso lúdico adquiere un sentido ligado a la carencia de límites, el desenfreno que permite equiparar al erotismo con la muerte. Esta idea posee una complejidad mayor, ya que liga la visión de Freud —donde la pulsión de muerte nos es inherente y da lugar a la noción de muerte-vida—, con la Nietzsche —quién estipula que nos situamos en un plano límite, de pérdida, que es el sentido de lo trágico—. A su vez, esta diada de muerte-vida configura a lo sagrado y es lo que se encuentra en el fondo de la religiosidad. Así el vínculo del erotismo con la muerte transita de las lágrimas —que expresan gozo y dolor— a la risa y contienen los elementos de lo trágico como totalidad.

La posibilidad de construir todas esas relaciones que van estructurando la conciencia es lo que permitió a los primeros hombres trascender el nivel de la pura animalidad, con lo que —en un proceso de decantación— se sientan las bases de la moral.

Es pertinente indicar que la imbricación del erotismo con la muerte es el aspecto más notorio del argumento porque se sitúa en el trasfondo del sentido de la religiosidad. La que, de otra parte, se expresa en la fiesta, como ineludible acompañante de lo sagrado, ya que configura el momento de la transgresión con la que se expresa la violencia, que en la antigüedad sirve de contexto a la guerra, asumida desde ese ángulo como un *éxtasis religioso*. Es de nuevo el movimiento dialéctico que, en el proceso, transita hacia una síntesis.

Bataille muestra a continuación —con un detectable dolor— el trastocamiento del proceso de conformación de la conciencia operado por el cristianismo en la religión. Ante la herencia grecoromana, especialmente el culto a Dionisos —que posee toda esa lucha de contrarios de lo sagrado y lo transgresor—, el culto a Cristo opera un divorcio entre el erotismo y la religiosidad, condenando al primero. Con ello se da lugar al surgimiento del satanismo, que recupera el sentido lúdico y, durante la Edad Media, produce lo que este autor denomina como la *estética infernal*: esa corriente pictórica que recrea la voluptuosidad humana en escenarios bajo dominio del diablo. Un despliegue estético acerca del desnudo, principalmente femenino.

Con este exilio del erotismo, por parte de los cristianos, parece conso-

lidarse durante los siglos XVII y XVIII la relación con la violencia transgresora que da lugar a lo que conocemos como sadismo. Por otra parte, se facilita la reducción del erotismo a la frivolidad, con lo que se consuma la pérdida del sentido —ahora concretada en la pornografía como la expresión mercantil más depurada—. Aunque también durante los siglos XVIII, XIX y XX produjo en la estética a corrientes como el *manierismo*, la obra de Goya, *el impresionismo* y *el surrealismo*.

En paralelo a este proceso es que se va configurando la noción de tiempo que otorga el sentido histórico, a través del cual se diseña la vida del hombre. No puede soslayarse que es sustancial a la especie humana la *violencia de las pasiones* con la que se construye su conciencia *momentánea* —tan cara a Nietzsche—, la que no se rige por los cánones de la racionalidad; pero que nos constituye diferenciándonos de los animales, incluso de los que nos son más cercanos: los simios.

Esa lúcida conclusión revela el trasfondo de nuestra humanidad a partir de una compleja combinación de sensibilidad que es violencia y arte, simultáneamente, con lo que se fundamenta el pensamiento a través de la formación de la conciencia y se crea la espiritualidad que da lugar a la religión, el mundo de lo sagrado y de la transgresión; la liberación del espíritu mediante el éxtasis que se transfigura en mística y sacrificio. El placer que es dolor y lágrimas, al tiempo que es gozo y risa. Una hermosa revelación.

Georges Bataille, *Las lágrimas de Eros*. Tusquets Editores, Barcelona, 2002.